

# Goya en las cercanías de Madrid

CUARENTA y cinco kilómetros apenas significan nada para un viaje por carretera. Son los que separan Madrid con la villa famosa y pintoresca de Chinchón, que pudiera señalar un punto de parada importante en un itinerario por tierras de Castilla. Chinchón es uno de tantos pueblos que escapan injustamente a la curiosidad de las gentes y más lamentablemente a la de los madrileños. Madrid absorbe con su capitalidad el interés de indígenas y extraños. Debieran organizarse rutas turísticas por los pueblos de la provincia; debiera conocerse la mayor parte de ellos, porque guardan en su historia monumentos y pintoresquismo, motivos más que sobrados de extraordinario interés para el visitante.

Aranjuez, El Escorial y Alcalá de Henares monopolizan la atención de los viajeros, y cuando más, Manzanares el Real, por su célebre y bellissimo castillo y proximidad al gran ventanal de la Sierra.

Nosotros, por el contrario, hemos buscado muchas veces la quietud de estos pueblos, al margen de un provechoso turismo, para saturarnos de cuantas bellezas pintorescas y artísticas encierran. Antesala de La Mancha, ¡cuántas atracciones visuales no poseen que apenas han sido captadas por las cámaras fotográficas de los turistas y de los viajeros casuales o premeditados!

Henos aquí en la villa de Chinchón y ante su iglesia parroquial de finales del XVI o

principios del XVII siglo. No vamos a entrar ahora en los detalles y estilos arquitectónicos descritos en cualquier manual o guía. Cabe sus muros de sillería y grandes contrafuertes, en el altar mayor luce a las miradas del piadoso un cuadro notable y de extraordinario valor y mé-



*En la Iglesia parroquial de Chinchón preside el Altar Mayor este maravilloso cuadro de Goya, que representa La Asunción de la Virgen María.*

rito : la Asunción de la Virgen, realizado el año 1812 por Francisco de Goya y Lucientes.

No es una de las mejores obras del genial pintor aragonés, pero, por suya, digna de contemplación y estudio, ya que la misma responde a una época en que Goya había abandonado ya los motivos amables de afrancesado estilo, para entregarse de lleno a un españolismo que se tradujo en exaltadas páginas pictóricas de la Historia. Goya, a caballo de dos siglos, que son dos épocas y estilos distintos, es testigo de la guerra de la Independencia. Goya vibra, se exalta, se irritabiliza al unísono del pueblo, y de este rencor patrio, de esta furia española que corre por sus venas y conmueve sus pinceles, nacen a la vida del arte «Los fusilamientos del 3 de mayo en la Moncloa» y «La carga de los mamelucos en la Puerta del Sol».

En diciembre de 1809, en plena guerra con los ejércitos franceses, éstos incendian la parroquial de Chinchón. Habilitan o, mejor aún, transforman en parroquia la antigua capilla de los Condes, y Camilo, hermano del pintor y sacerdote, pídele a Goya que pinte el cuadro que ha de presidir el altar mayor. Lo realiza Goya en 1812, cuando todavía los disparos de la guerra rompían la tranquilidad y el silencio del fatigado, pero heroico pueblo español.

He aquí a Goya volviendo la vista hacia la pintura religiosa, retornando a su punto de partida, a sus trabajos del Pilar, de Zaragoza, tan poco apreciados y distinguidos por el Cabildo de entonces.

La pintura es inconfundiblemente goyesca, con sus ángeles adoratrices señaladamente femeninos y gordezuelos, pero no ángeles infantiles, sino más bien en una edad de juventud que contrasta con aquellos otros que nos revelara Murillo. Algunos recuerdan a los que más tarde pintara para la ermita de San Antonio de la Florida.

Si no existiera más motivo, éste sólo, la visión de este cuadro merecería la visita al pintoresco pueblo de Chinchón, uno de los más interesan-

tes y de más graciosa y atractiva construcción.

Y puestos a encontrarnos con Goya, vayamos a buscarle a Valdemoro. Allí lo descubriremos en el altar mayor de la también iglesia parroquial, que insinúa ya cierto barroquismo que otorga al sagrado recinto la belleza de los adornos arquitectónicos.

Aquí Goya juega un papel secundario en la catolicidad del templo. Francisco Bayeu ocupa el centro con una Asunción de la Virgen. Ramón, con una escena (la del lado del Evangelio) de San Pedro Mártir, y Goya, el gran y universal Goya —que entonces no lo era—, con la «Visita de la Virgen a San Julián», Obispo de Cuenca (lado de la Epístola).

Otra vez Goya, como en Zaragoza, de la mano de su cuñado Bayeu; otra vez un tanto protegido por él. Goya, todavía de segundón del hermano de su mujer, que le lleva en cierto modo de la mano por los caminos del arte. La emancipación no tardará en llegar, porque el genio despertaba ya para mayor gloria y prestigio de España.

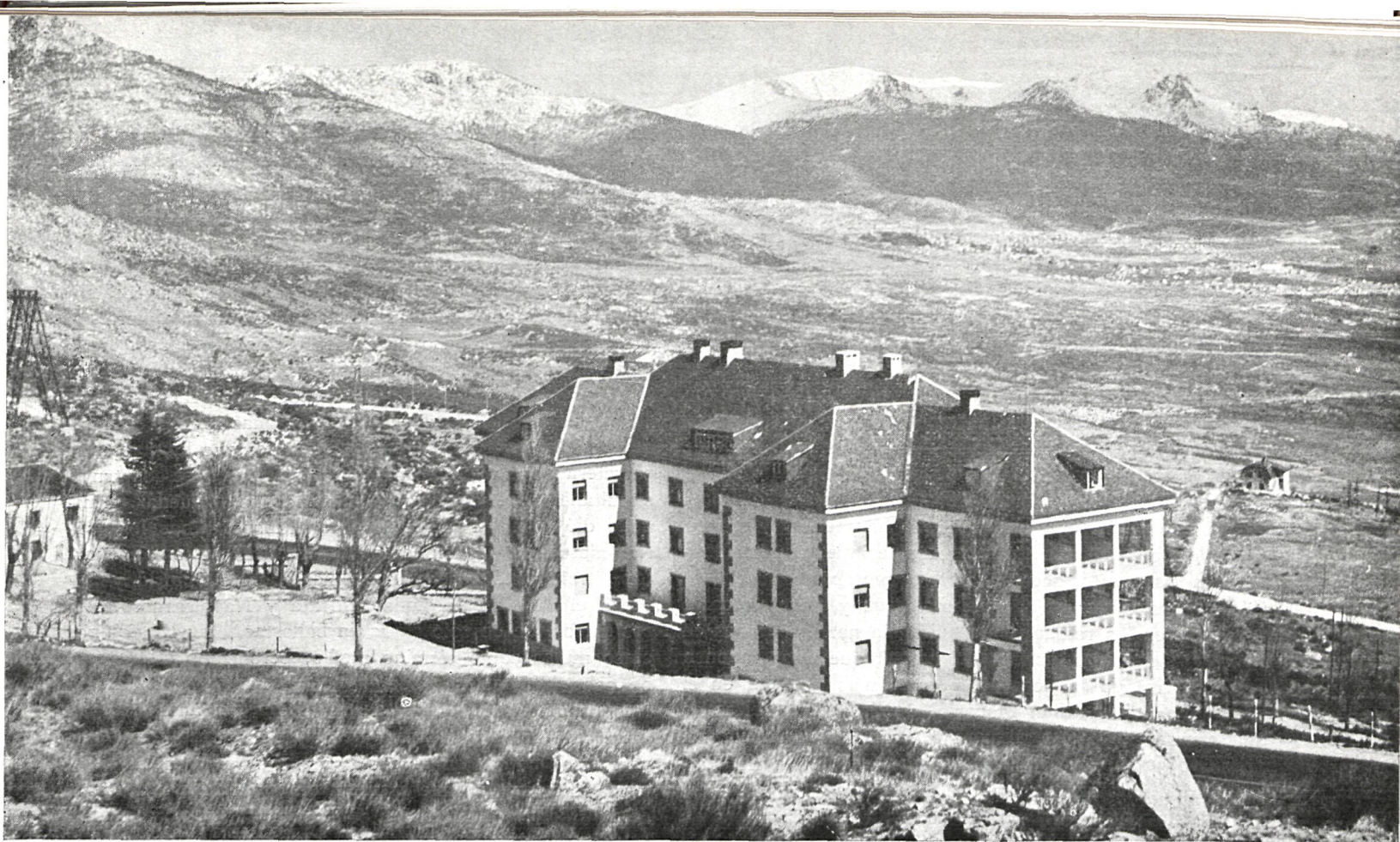
En la misma parroquial, acompañando a los Bayeu y a Goya, los cuadros de San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola, por el gran pincel de Claudio Coello. En el baptisterio existe un gran cuadro muy deteriorado, representando a San Juan Bautista bautizando a Jesús en el Jordán. Está firmado en 1661 por A. Bandepere, autor de los frescos del techo.

Goya en Chinchón y en Valdemoro, esperándonos, como quien dice, al borde de la carretera; Goya olvidado y, peor aún, casi desconocido, a pocos kilómetros de Madrid. Goya pintor religioso, empapándose de misticismo en las cercanías de la capital de España, como una prolongación de aquel otro que pintara al fresco la cúpula de San Antonio de la Florida. Goya, madrileño por escuela y por amor a una tierra, aunque no olvidara la suya nativa del alejado Fuendetodos.

MARIANO SANCHEZ PALACIOS

Del Instituto de Estudios Madrileños





**N**O voy a disertar en este comprimido artículo sobre el proceso universal de las nevadas. Solamente las que se relacionan con nuestra provincia y con su próxima Sierra, citando alguna que otra curiosa anécdota que con este fenómeno haya tenido relación.

Y haciendo un poco de condensada historia del clima en esta provincia, diré que a últimos del período terciario vivían nuestros ascendientes aborígenes de la región central disfrutando de un clima cálido, hasta que le sucedió el cuaternario con clima más frío, causado por los extensos glaciares que se formaron en Europa, región que se llegó a cubrir de una capa de hielo de ; ; setenta millones de kilómetros cúbicos !, que en algunos sitios tendría dos mil metros de espesor.

La Sierra del Guadarrama no se libró de esta gélida invasión, y así, se formaron glaciares o ríos de hielo en la Hoya de Pepe Hernando, lagunas «Grande» y de los «Pájaros», en los «Hoyos», al Norte del Lozoya; morrena terminal en el corte de la trinchera del F. C. del Norte, entre Las Matas y Torrelodones. Hoy sólo quedan ventisqueros (o neveros, como por allí se dice) denominados de Peñalara Valsain el del Ratón, el del Algodón en Cabezas de Hierro, el de la Estrada, los dos del Regazo del Pez en el arranque de La Maliciosa, origen del arroyo Samburiel, y el más importante de todos, el de las Guarramas, en el nacimiento del Manzanares, todos ellos por encima de los 2.000 metros, sin llegar a la importancia de los Pirenaicos, La Junfrau, Montblanc, Camprodón, etc., ni a producir aludes y avalanchas como en los Alpes y el Tirol.

Los glaciares madrileños no fueron tan crudos en bajas temperaturas como los del resto de Europa; no obstante,

su invasión terminó con los bosques de nuestra región, como lo hicieron con el resto de Europa, origen de las cuencas carboníferas hoy en explotación.

Nuestros ancestrales aborígenes, que vivían en su peculiar estilo «arbóreo», con cuyos frutos se alimentaban, tuvieron que descender de sus «paradisiacos nidos» en busca de cuevas más abrigadas, corrientes de agua y de la caza y pesca, que iba a ser su nuevo régimen de alimentación.

Períodos interglaciares de abundantes lluvias se sucedieron, acompañando a un cambio de clima que se hizo más benigno, retirándose desde entonces los glaciares, que cambian su lecho por torrenteras alimentadas con el deshielo de las nieves acumuladas en las alturas, nieves que, con raras excepciones, se van haciendo menos abundantes con creciente rapidez, hasta el punto de ser cosa del dominio público que, a primeros del siglo actual, las nevadas en Madrid eran más abundantes y aparatosas que lo son hoy día, recibándose una mediana nevada como el acontecimiento más saliente de las invernadas, extrañándonos ver cómo las últimas pasadas han sido comentadas como fenómeno ya poco frecuente, sobre todo en la intensidad de precipitación.

La Sierra de Guadarrama no cuenta con alturas que penetren en las regiones de las nieves perpetuas. Solamente en Gredos (Avila), en la «plaza del Moro Almanzor», se sobrepasan en 150 metros los 2.500 que han sido señalados a estas regiones. Pero si dichas alturas han degenerado de sus dimensiones, se debe a la continua y secular degeneración erosiva, ya que es preciso tener en cuenta que el Guadarrama tiene la aristocrática primacía de su ori-

## Las nevadas de antaño y las de hogaño

gen, que hacen de la Peñalara, la Mujer Muerta y San Benito las más viejas montañas españolas emergidas de los mares primitivos cuando empezaron a cimentarse los continentes, contando la citada Peñalara en dicha época con muchos más metros de altitud sobre los 2.430 actuales, y estando casi siempre sumida bajo un perenne y albo manto de nieve sudario que hoy raras veces conserva a la llegada de la canícula, jugando esporádicamente alguna que otra «irónica broma» al producirse inesperadas y abundantisimas nevadas, como la ocurrida el 8 de mayo de 1797, que hizo perecer en los montes y majadas a ganados y pastores, o las actuales de febrero, dejando incomunicada la capital con el Norte de la Península.

Y después de estas breves disquisiciones nos dirigiremos a uno de los escenarios donde han tenido y siguen teniendo lugar algunos pequeños acontecimientos relacionados con las nieves, acercándonos al pintoresco pueblo de Guadarrama, lugar de abundantes aguas y nieves, y caza, fundado por los romanos y reedificado por los árabes en el siglo X en lugar distinto del actual, que unos suponen cerca del río de su nombre, y otros más al NO., en el paraje denominado San Macario, donde se ven restos de una ermita, que tal vez fuera la pequeña parroquia del primitivo poblado, junto a la «Fuente del Can o del Piojo», y del abundante arroyo de la Jarosa.

Posteriormente, y a raíz de terminarse la carretera de Castilla, el año 1749, por Fernando VI, se trasladó de lugar el primitivo Guadarrama al sitio actual, aunque ya existía aquí un núcleo de población a juzgar por la antigua «Casa de la Cadena», ya desaparecida, y en donde descansaban los reyes en sus viajes a Valladolid y Burgos.

Siguiendo la ruta del puerto, hallamos las Fuentes de la Teja, la de la Cruz, el apeadero de La Tablada, el túnel de dos kilómetros seiscientos metros que cruza la Sierra por debajo del puerto, y que dos brigadas de 800 obreros cada una acometieron los trabajos por ambas bocas en septiembre de 1884, y terminaron en julio de 1888. La casilla de camineros «La Pizarra», más adelante descrita, y que tanto papel jugó en épocas no demasiado lejanas en los trabajos de barrer la nieve de la ruta.

Por todos estos agrestes parajes tuvieron lugar las alegres andanzas del cantor de la Sierra, Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, donde gustó las del río del Buen Amor, y en el que se ensalzan a través de las «Serranillas» y sus aventuras cupidescas los encantos de las mozas serranas:

Cerca de Tablada,  
la Sierra pasada,  
falléme con Aldara  
a la madrugada.

Encima del Puerto  
coyde ser muerto  
de *nieve* e de frío,  
o desse rosío,  
o de gran helada.

Divinos versos de la serranilla, fragante como un tomillar y fresca como el regato que brota al pie del rústico monumento natural de granito allí erigido cerca de la margen derecha de la carretera, perpetuando el 600 aniversario del poeta (1930) en la «Peña del Arcipreste».

En ese camino que va a Lozoyuela..., como dicen las picardías del Arcipreste y de su no menos genial compinche en los afanes del Parnaso y de Cupido, el Marqués de Santillana. En sus travesías serranas, con nieve o sin ella, por breñas y riscos, en continuas travesuras serranas con las villanas de Guadarrama, de «anchas caderas

y robustos hombres, la chota recia que a los homes ata, serrana viril», a las que tan inclinado anduvo de ser conducido atravesado sobre el cuello de estas fornidas y viriles montañas.

Pero volviendo al tema de la nieve y nevadas, haré ligera descripción de la ya citada casilla de La Pizarra, situada en las últimas rampas de la subida al puerto y como cerrando el paso en una pronunciada curva. Esta «segunda casilla» poseía una gran cocina cuadrada con el hogar en el centro, y rodeada por unas gradas adosadas a las paredes que servían de camastros en tiempos de mayores nevadas a los ¡80! hombres que limpiaban la carretera de la nieve acumulada. Esta casilla se construyó simultáneamente con la ruta, camino que al quedar terminado dió lugar al incremento del transporte con los «carros-mato», y al nacimiento por entonces de los «encuartes», transportándose principalmente entre Madrid y Segovia el vino de Arganda, Morata y Navalcarnero. Estos carros, de un solo eje y sin ballestas, eran tirados por cinco mulas como término medio, pero como el trayecto de ocho kilómetros desde el pueblo hasta el puerto era muy penoso por el acentuado declive, enganchaban delante de la mula de varas y detrás de las otras, una o dos parejas de bueyes en tiempo normal, y tres o cuatro en la época de nieves. Este ganado era propiedad del dueño de la «fonda», edificio que con las cocheras, corrales, establos y otras dependencias llegó a ocupar una manzana de unas cuatro hectáreas de terreno. La parte principal, hoy convertida en fincas urbanas independientes, es la que parte de la calzada hasta Teléfonos. En los dos últimos tercios del siglo XIX perteneció a don Andrés Jipini, apellido que rigió la Alcaldía de la Villa (1), contándose por mucho tiempo alguna anécdota perteneciente al peor temporal de nieves que se conocieron por aquellas lejanas épocas, y que correspondió a uno de los años últimos del siglo pasado.

Subían los mayores de la «casa» con cinco parejas «encuartadas» en un carro, y al llegar por la «recta de Madrid», «atascaron», siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron hombres y ganados para arrancar el carró del atolladero, por la enorme cantidad de nieve acumulada en la carretera.

La noche se echaba encima, y acordaron dejar el carro abandonado; el dueño siguió con su ganado ruta arriba, y los «encuartes» regresaron a Guadarrama, acordando se avisase al dueño tan pronto amainase el temporal, para volver por su carromato. Pasaron cuatro o cinco días, y en las cuadras se llegaron a reunir más de cien mulas y veinte carros que no podían continuar camino. Amainado el temporal se reanudaron las tareas de subida a los Leones, y cuál no sería la sorpresa al ver que el carro había desaparecido, sorpresa que llegó al paroxismo al presentarse el carrero a los dos días con su ganado, creyendo que la «casa Jipini» había recogido su vehículo. El disgusto del hombre por la pérdida de su «capital» fué de envergadura, hasta que dos días después, subiendo al puerto con otros carros, se atascaron en el mismo lugar. Dos horas de lucha hicieron por fin arrancar el armatoste, quedando todos estupefactos al ver que se había estado pasando varios días por encima del carro, que había sido totalmente cubierto y superado por las nieves, quedando a los tres días sobre el puerto, aunque con bastantes averías. Desde entonces no se ha vuelto a repetir este fenómeno, ni con los camiones que hoy han sustituido a aquellos viejos transportes.

DR. ANTONIO CANTÓ

(1) Don Pedro Jipini, gran propulsor de las mejoras de la Villa, fallecido hace muchos años.

**M**ADRID ha sido siempre cuna de hombres de corazón y de talento, como lo prueba la historia singular de su provincia desde los tiempos más remotos. Hoy nos vamos a referir en esta revista CISNEROS de la exce-



# CONQUISTADORES MADRILEÑOS EN EL RIO DE LA PLATA

lentísima Diputación provincial matritense a unos cuantos conquistadores del Río de la Plata, que, entre un chocar de aceros para salvar la propia vida, ganaban tierras desconocidas para España e iban constituyendo los primeros centros de población permanente, de donde irradiaron empresas singulares a través del mando de cuatro Adelantados. Madrid contribuyó así a la obra civilizadora de Castilla en tierras ultramarinas; siquiera en este trabajo difícil no hayamos podido recoger más que ligeros, aunque importantes datos biográficos extraídos de documentos, libros y otras obras de los archivos españoles y americanos. Hemos de seguir un orden alfabético y prescindimos de todo aparato erudito y crítico, si bien las investigaciones son serias y las aportaciones veraces. Para plegarnos aún más al dato histórico, hemos prescindido inclusive de la belleza de la forma.

Empezaremos con Hernando de Alvarado, expedicionario con el primer Adelantado del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza, que asistió al juramento de Corpus Christi a 28 de diciembre de 1537. Dicen las crónicas que era natural de Madrid y amigo de Alvar Cabeza de Vaca:

«El Adelantado le nombró para que sustentara el puerto y pueblo de Vera en la costa del Brasil, a 7 de septiembre de 1541, cuando él partió para Asunción». Había muerto el 29 de diciembre de 1543, cuando el Capitán don Juan Delgado demandó a sus herederos.

Maese Andrés, expedicionario en la armada del Adelantado del Río de la Plata don Juan Ortiz de Zárate. Consta que era natural de Madrid y que nació en 1540; estaba casado con Francisca Pérez, de la que hubo una hija. Un documento dice que era «mediano de cuerpo y calvo, faltándole una muela arriba».

Diego de Aramayo llegó a tierras del Plata con Mendoza. Madrileño, hijo de Diego de Aramayo y de Mari Díaz: «Pasó con provisión de Su Majestad asentada en el Río de la Plata».

Doña Beatriz de Aranda nació en la hoy capital de España en el año 1540. Tenía un lunar en el carrillo derecho. Machain dice que «vino en la armada de Ortiz de Zárate, con su primer marido, Diego de Ribas. Enviudó en San Gabriel y casó en San Salvador por segunda vez con el Tesorero Real, Hernando de Montalvo, quien escribió al Rey, quejándose del General don Juan de Garay, porque no le dejó llevarla a Buenos Aires en el momento

de su fundación». Años después, el marido estaba en la ciudad del Plata y ella seguía en Asunción, capital hoy del Paraguay. No tuvieron hijos, era tía carnal de Juan de la Parra y fué dotada ante el Escribano Pedro de Xerez.

Luis de Aranda llegó al Plata con la expedición de Ortiz de Zárate. Este madrileño había nacido en 1550. Una apuntación lo señala así: «Buen cuerpo, señal sobre la oreja izquierda».

Diego de Ayala llegó con la expedición y armada del Adelantado don Juan de Sanabria, y consta que era natural de Madrid: «Asistió a la elección del Capitán Ortiz de Vergara para Teniente de Gobernador en 1558», y se sabe que vivía aún en 1565.

Felipe de Cáceres, hijo del Contador Real don Gonzalo. Su biografía es extensísima y vamos a intentar extractarla. Figura como testigo en la información que hizo el Veedor Cabrera en 1538, pues debió llegar con la expedición Mendoza. El año citado regresó a España en la nave «Santa Catalina», del capitán Antonio López de Aguiar. El viaje duró cuatro meses y pleiteó con el Capitán sobre el pasaje. Llevaba Cáceres con él una india y

un esclavo, además de la impedimenta consiguiente. La Audiencia de Madrid falló el pleito en favor de López de Aguiar a 10 de octubre de 1539, condenando a Felipe de Cáceres a que le pagara veinticuatro ducados de oro.

En aquel mismo año, el Monarca le nombró Contador Real y le extendió cédulas facultándole para que trajera dos esclavos y rescatara indios. Regresó al Río de la Plata con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1540. Luego remontó en misiones especiales los ríos Uruguay y Paraná, luchando con los indios en unión del Capitán Juan Romero. Se fué a poblar al río de San Juan en 1542, permaneciendo algún tiempo en aquellas inhóspitas y recién pobladas comarcas. El madrileño Cáceres fué «acusado de haber jugado efectos confiados a él en España y otros de la Hacienda Real». Cabeza de Vaca, con quien ya había tenido algunas dificultades durante la travesía, hizo que le prendiera el Alguacil Fuentelrey, teniéndole encerrado y con grillos durante mes y medio. En consecuencia, le quitó el empleo de Contador Real, pero luego se lo devolvió.

Acompañó a la expedición que hizo el Adelantado del Río de la Plata al puerto de Los Reyes. Cáceres tomó parte activa en un motín que depuso al Gobernador Cabeza de Vaca en 24 de abril de 1544; fué Regidor y residente en el oficio de Protector de Indios en 1545. Apoyó al Capitán Martínez de Irala para que realizara «una entrada que no pudo hacerse por el levantamiento de los naturales», y actuó en las conferencias con los indios agaces.

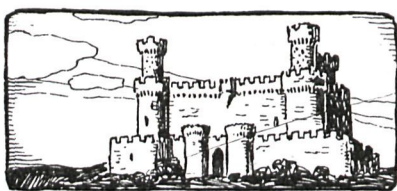
Fueron muchos los servicios prestados por este esforzado madrileño, capitaneando un navío hasta la región de los timbúes para cerciorarse de la llegada de tropas venidas desde el Perú a cargo del Capitán Francisco de Mendoza. Conquistó muchas tierras con Irala y tomó parte en todos los conflictos surridos entre los conquistadores, apaciguando los actos subversivos que promovió el Capitán Abreu en 1553. El documento que seguimos dice que Cáceres «apresó al Capitán Abreu y al Capitán Ruy Díaz Melgarejo y a otros varios». Los dos citados escaparon a los montes y algunos fueron llevados por Irala consigo. Al fin, el Capitán Abreu fué encontrado y muerto por las gentes del madrileño. Este continuó actuando en la colonia hasta el año 1564, en que salió con el Teniente de Gobernador Ortiz de Vergara y el Obispo de La Torre para el Perú. Sus enemigos, desde lo que hoy es Bolivia y Paraguay, pidieron a Lima su extradición, llegando a Chquisaca, «donde fué apresado por acusación de Hernando Vera de Guzmán, sobrino de Núñez Cabeza de Vaca, pero obtuvo su libertad por estar la causa pendiente ante Su Majestad; después, el nuevo Adelantado don Juan Ortiz de Zárate le nombró Teniente General, a pesar de la opo-

sición y maquinaciones del Obispo de Asunción para impedirlo». Siguen las disensiones entre el Prelado y Felipe de Cáceres como General, siendo el primero partidario del General Nufrio de Chaves. Por fin, el 11 de diciembre de 1568 llegó a Asunción y allí fué investido por el Cabildo y por el Gobernador interino Juan de Ortega de todos sus altos cargos. Siguen los conflictos con la mitra, y cuentan las crónicas que «introdujo modificaciones en usos viciosos, como fué la supresión de las varas altas que llevaban los alguaciles episcopales, a quienes hizo llevar un escudo de plata con sus armas, según la costumbre. Llevó a cabo campañas diversas y salió para el Acay, donde se decía que existían minas. En 1570 y 1572 efectuó dos viajes a los ríos de la entrada para buscar al Adelantado Ortiz de Zárate y llevarle socorros». Supo aprovechar esas expediciones para recorrer las costas, documentándose en relación con los puertos que existían y demás circunstancias, lo cual podía servir en el futuro para fundar ciudades. Hizo algunas exploraciones para trazar un camino desde Perú a Tucumán. El Obispo lo seguía mirando con malos ojos y le acusó de luterano, intentando apresar a Felipe de Cáceres el 5 de abril de 1571 en misa, pero advertido a tiempo el General madrileño, desbarató el plan. La crónica se expresa así: «Inició juicio y ejecutó a Esquivel, Pinto y Espinar; encerró al Obispo y al Provisor Segovia (al primero en el convento de la Merced), y se preparaba a llevarlos al Perú por vía Tucumán, pero el mitrado y su provisor aparentaron arrepentimiento y, debido a la intervención de ciertas personas, llegaron a un acuerdo amistoso». Pero el Obispo no perdonaba y, siendo Teniente de Gobernador Felipe de Cáceres en Asunción, por el mes de julio de 1572, fué apreso y depuesto por el Obispo, «quien le retuvo casi un año mientras preparaba una carabela para llevarlo a España». Este Obispo, que se llamaba Fernández de la Torre, falleció antes de salir del Paraguay, y Felipe de Cáceres se embarcó para España, donde había sido citado a juicio por todos aquellos conflictos a que hemos hecho referencia. Escribía bien, ganó el juicio en Madrid y su hijo recibió altas recompensas en atención a los servicios de su padre. Había muerto ya en 1582.

Juan de Cáceres era hermano del anterior y llegó al Río de la Plata con Mendoza, provisto de una Real Cédula que le autorizaba a llevar caballos al Nuevo Mundo desde España. Había nacido en Madrid en 1512, fué testigo de poder a favor del Capitán Juan de Ayolas, regresó con el Adelantado del Río de la Plata en 1537 y después fué nombrado Contador Real en el Perú.

JOSÉ SANZ Y DIAZ

(De la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.)



## ACOTACIONES

**P**PRIMERO, por encima de todo, han de ser las satisfacciones de orden material. «Primum vivere...» Pero no pueden relegarse las del espíritu. Lo grave, en muchos aspectos de la vida española, es que ambos aspectos estaban, por igual, y de muchos años atrás, en colapso. El achaque observábase, muy singularmente, en los medios rurales. Era sorprendente el contraste. Cuando se dejaba a la espalda la ciudad y se adentraba el viajero en la geografía campesina, todo era desolación, abandono. Se ha dado, en esto, desde nuestro Movimiento Nacional, un paso decisivo. De unos años a esta parte, mucho más visible. La transformación es evidente. El cambio, sencillamente radical. Ahora, con los recursos que tienen en sus manos las Diputaciones Provinciales, se da celeridad y firmeza a la obra de sacar a los pueblos de su penuria y angustia. Es como una segunda liberación.

El arrollador avance de los adelantos y descubrimientos ha hecho conocer a millares de seres, que vivieron desconectados, sin vinculación con las inquietudes y las comodidades que caracterizan la vida moderna, todo lo que se ha ido incorporando para regalo del hombre. La radiodifusión, el cine y la mayor rapidez de las comunicaciones, vinieron a ser los lazos de unión entre la vida sedentaria de los burgos y el trajín complejo de las grandes urbes. No se disfrutaba de muchas de las cosas nuevas, pero se conocían. Existía la noticia, la visión exacta, porque hasta en las más apartadas y humildes aldeas llegan los metros de celuloide que dan testimonio de lo que acontece y lo que se realiza. Y los aparatos de radio, en los hogares, en la ínfima botillería lugareña, expanden cotidianamente, sobre la marcha, con la versión de los hechos, el caudal noticioso de episodios y realidades. Todo en la vida tiene, si ofrece beneficio o ventaja, su reverso, sus inconvenientes. El conocimiento de otro modo de vivir había de despertar, lógicamente, apetencias no sentidas, anhelos humanos que antes no existieron. Y el hombre de recortadas, de casi nulas aspiraciones, cambia psicológicamente al saber de aquello que carece, y que sólo a unos kilómetros de

su medio son corrientes, consustanciales. Por eso los nuevos procedimientos de divulgación, que llevaron a los pueblos una estampa fehaciente de todo lo que hay en las poblaciones, habían de acentuar, justamente, un deseo de emulación innato, natural, pero no percibido anteriormente.

¿Cómo rectificar? Sólo hay un camino: el de llevar a los ambientes de la ruralidad aquello que les falta. En tanto no se tenía noticia de otras posibilidades que las circundantes, la inquietud por alcanzarlas permanecía dormida. Sabiendo de ellas, es distinto. Todo individuo tiene el derecho, instintivo, de considerarse digno de poseer y de lograr lo que los demás. Este fenómeno, en otro orden de cosas, es el que determinó, durante largas etapas de vida española, los resen-

## Para los pueblos, ha llegado una segunda liberación

timientos que, arteramente cultivados, conducían a la separación irreconciliable de las clases sociales y a la lucha enconada entre ellas. Entre el medio rural y la ciudad no cabía plantear la pugna, pero, a medida que se obtenía la noción más exacta de la victoria impetuosa de los nuevos métodos de existencia, el convencimiento de las situaciones diferenciales había de resultar más penoso. Y ello estimulaba el impulso evasivo. De ahí las inmigraciones, cada vez más intensas, en la ciudad, dejando atrás el campo. Si a los que trabajan y viven en él, se les dota de lo que no tienen; si se logran las equiparaciones en el grado factible, los motivos de incomodidad moral —más grave que la material— disminuirán.

He aquí un planteamiento psicológico, de innegable evidencia, de las realidades españolas. El Estado ha ideado un sistema contributivo que, sin representar lesión demasiado onerosa para industrias y actividades, puede llevar al cambio deseable y al establecimiento, con cimentación de permanencia, de posibilidades que acorten

las distancias. En las sesiones que mensualmente celebra la Diputación Provincial de Madrid, se aprueban propuestas que significan avance de gran importancia en la situación de los pueblos. Abastecimiento de aguas, electrificación, teléfonos, caminos, escuelas, equipos sanitarios, bibliotecas. Todo esto era imposible promoverlo con los medios económicos, escasos, limitadísimos, con que contaban, antes de ahora, las Corporaciones. Casi todo lo que significa de aumento presupuestario el arbitrio sobre la riqueza provincial, revierte en los pueblos. La vida va cambiando, sustancialmente, para ellos y sus moradores. Se va haciendo, de modo paulatino, una España distinta. La recelosa mirada, el instinto de emulación, la envidia —no asuste el vocablo, porque es muy hu-

mano, muy explicable— pierden razón de ser. La evolución es de una magnitud insospechada.

Pero hay que insistir. No basta con los elementos materiales de que, primero, no se tenía apenas noticia, y luego, aun conociéndolos, faltaban, sin perspectiva de que llegaran nunca. Se ha producido el hecho liberador, de igualación, de justicia. En el terreno del espíritu hay mucho que hacer. Lo primordial, por delante. Lo inaplazable, primero. Luego, lo demás. Y la labor cultural avanza también simultáneamente. Es el capítulo final, decisivo, para el acercamiento que se tuvo detenido, que no se intentó. Cuando, dentro de no muchos años, podamos darnos cuenta todos —los que formamos en los censos de las urbes populosas y los de las aldeas perdidas y los humildes lugares— de la trascendencia de la transformación, podremos considerar el extraordinario interés que tiene este enriquecimiento de las haciendas provinciales y locales, que vierte prosperidad sobre los rincones olvidados de la ruralidad española.

FRANCISCO CASARES